

La Calle en Pekín, Uniformidad y Monotonía

- ★ Ancianos que Caen y se Alzan, Vestigios de la China Esclavizada
- ★ Las Mujeres, Como en el Primer día de la Creación
- ★ Se le Miraba con el Embeleso Reservado a los Dioses

Por JULIO SCHERER GARCIA

Sept 7

- 11 -

PEKIN, septiembre de 1971.—Mural de colores inalterables, la calle es de una uniformidad envolvente. Hombres, mujeres, niños, niñas, casi todos visten cortados por el mismo molde.

Pantalones grises, azules, negros, blusas blancas, grises, azules. No hay un escote ni el modo de adivinar el nacimiento de una curva, no hay unos brazos descubiertos, no hay una falda, un collar, un anillo, una pulsera, un arete, un prendedor, un moño o un pedazo de tela —¿dónde sea!— de más. El cabello corto, cortísimo, es regla entre los hombres. Centímetros arriba de la espalda, a menudo anudado en trenzas sujetas con una liga, lo peinan las mujeres. Un fleco es motivo, si no de asombro, al menos de gratitud.

Distraen los niños que lanzan mudas proclamas desde el fondo blanco de sus camisetas: "Aprender de los obreros". O: "Viva el gran líder, gran guía, gran timonel, gran comandante, el Presidente Mao Tse-tung. Viva. Viva" Pinceladas reales, los muchachos y muchachas con sus brazaletes de guardias rojos y entre ellos, delgados y frágiles, bambás en movimiento, los "soldaditos rojos" con su distintivo de plástico en el hombro.

Sin que la calle pueda hacerlos suyos, el uniforme verde olivo de los soldados se aprecia donde quiera se dirija la mirada, la gorra convertida en corona con su estrella roja al centro. Uno con el paisaje, igual que los ojos oblicuos, las bicicletas avanzan por millares y millares. En contraste, contados vehículos transitan envueltos en el estrépito de sus bocinas sin llamar la atención. Un detalle, apenas, en el tema obsesivo de la urbe: la igualdad, la monotonía.

Pero no se advierten sombras de tedio ni rostros contraídos, como tampoco aparece el hombre solitario que gesticula y habla a imaginario interlocutor frente a un mundo de ajenos e indiferentes. En medio del ir y venir cobija una atmósfera tranquila. Si una criatura se desprende de la mano de su madre y rueda, no se producen amonestaciones y un llanto redoblado y feroz, sino una solicitud amable, paciente.

Las mujeres parecen en el primer día de la creación. Sin pintura ni maquillaje, naturales como si hubieran abolido la crítica, amables hasta convertir la sonrisa en característica, sin prisa ni agitación hacen suyo el tiempo de manera suave.

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

La Calle en Pekín, Uniformidad y Monotonía

Sigue de la primera plana

Se cruzan con ellas, a menudo, ancianos y ancianas que acompañan su paso a otro ritmo, el de la eternidad. De 1.60 ó 1.65 de estatura, exhiben sus tórax de niños. Esculturas de arena, cada arruga sumida hasta el fondo, a punto de desmoronarse si el viento llega. Los hay que más que avanzar se bambolean, danza sin gracia. No hacen falta explicaciones. Son testimonio, eco aún no lejano de la China esclavizada de ayer.

No hay vestigios de prostitución ni son visibles los brotes de amor. No hay andrajos ni mendicidad. No hay perros ni moscas. El olor a tierra mojada, si la hubiera, sería percibido por todos. La calle es limpia, como la mañana. Privan la extrema modestia y la sencillez. Nadie discute, nadie grita, nadie se precipita, nadie aventaja.

"EL PUEBLO" Y MAO TSE-TUNG

A la entrada de la avenida "El Pueblo", la primera zona comercial de la ciudad, una serie de fotografías muestra la historia de Mao Tse-tung, desde su pueblo natal de Shao Shan hasta la constitución de la República Popular de China en 1949. Como si perteneciesen a hombres diferentes, casi no hay dos retratos que se parezcan entre sí. Extraños y súbitos cambios los del héroe que muere y resucita en cada misión que lo consume y vivifica.

Imposible resistir a la fascinación por su epopeya, lo mismo en la Gran Marcha que al triunfo, con palos y puños, sobre el ejército mecanizado de Chiang Kai-shek. Con razón se decía entonces que al lado de Shu The, Chou En-lai y Lin Piao "se le admiraba con el embeleso reservado a los dioses".

En la acera de enfrente, también en fotografías de historia contemporánea. Es la vida del que manda, absoluto, desde el poder constituido. El micrófono ante los labios, los honores, las recepciones, el aplauso que iza. Poderoso, es siempre igual a sí mismo. Crecen

las entradas y ahondan la frente hasta convertirla en bóveda, aumenta el peso, se acentúan las curvas del rostro, pero Mao ya no encarna a otro hombre. El árbol no creció más. Y envejeció, dicen las estampas de su propia vida.

Paralela a ésta, los testimonios del avance apenas concebible de un pueblo que hace treinta años moría de hambre y hoy hace estallar bombas de hidrógeno en las alturas. En exhibición, fábricas de cuanto existe, campos inmensos con inacabable diversidad de cultivos, aviones de propulsión a chorro, cubiertas de barcos con marineros vigilantes, el fusil al hombro.

La calle toda proclama a Mao. En una tienda de radios, su busto. En una de cámaras fotográficas, su retrato. En la de ropa, busto y fotografía. La librería de lenguas extranjeras dedica tres cuartas partes de sus estantes a las obras de Mao en chino y en todos los idiomas sobre la tierra, algunas secciones a Marx, Engels, Lenin y Stalin, y los últimos rincones a libros de viejo de diferentes escritores, casi todos desconocidos entre nosotros.

Y si no es Mao, son sus héroes. En un escaparate, la estatua en bronce de un soldado que a duras penas contiene a su caballo a punto de cruzar la vía del ferrocarril. Salvó el convoy, pero perdió la vida. "Amó infinitamente al Presidente Mao y es héroe del pueblo", dice la leyenda alusiva.

En la farmacia, una enfermera exultante levanta en triunfo el Libro Rojo de Mao y acuna a una enferma sonriente. La vitrina contigua está dedicada a los personajes de la Opera Moderna y Revolucionaria de China, "comunistas que destruyen, envueltos en la bandera roja de la hoz y el martillo, la infamia y acechanzas de los reaccionarios, los revisionistas, los feudales y explotadores.

En los "Grandes Almacenes El Pue-

hic tres puros que son normiguero
mas preide desde una estatus de pasta
gris mate, irreal como el yeso, casi pro-
tesca. Tienda modesta, pero que
vende hasta bien bonito, verde, can-
ralda, morado obispo, amarillo que des-
parría la luz del girasol.
Frente al mostrador de los comesti-
bles ofrece a cualquier cliente un regalo
insignificante, si quiere simbólico, sim-
ple, sencillo, como un dulce que sobrevive
a la vida cotidiana.
No tiene nada de especial, pero la
presencia de un objeto tan cotidiano
como un dulce, en un momento tan cotidiano
pensamiento, es un detalle que
hace que el momento sea especial.
La tienda, al igual que el dulce,
que el hace firme, es un objeto
sencillo y bonito, que sobrevive a la vida
cotidiana. Como el dulce, el objeto
deuda Mao Tse Tung, el cual, a pesar
cuanto el representa como la propia
identidad, llevarlo en la conciencia igual
que medida y norma. Mao convertido
en China.